



Espaço Plural

ISSN: 1518-4196

espacoplural@yahoo.com.br

Universidade Estadual do Oeste do
Paraná
Brasil

Serra Padrós, Enrique; Vinícius Ribeiro, Marcos
A HERANÇA DA UNIDADE POPULAR E DO PINOCHETISMO NO CHILE ATUAL -
ENTREVISTA COM VERÓNICA VALDIVIA
Espaço Plural, vol. XIII, núm. 27, julio-diciembre, 2012
Universidade Estadual do Oeste do Paraná
Marechal Cândido Rondon, Brasil

Disponível em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=445944369016>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

A HERANÇA DA UNIDADE POPULAR E DO PINOCHETISMO NO CHILE ATUAL - ENTREVISTA COM VERÓNICA VALDIVIA¹

1 – A casi cuatro décadas del fin del gobierno de Salvador Allende, ¿cual es la percepción en la sociedad chilena de la experiencia de la Unidad Popular? Es un pasado reivindicado, movilizador?

La Unidad Popular ha quedado como un gran trauma: para unos, representa la gran amenaza a sus posesiones, a su papel rector en la sociedad; para otros –las clases medias-, la inestabilidad permanente, la imposibilidad de mantener una “normalidad” existencial; para la mayoría de los sectores populares, la Unidad Popular es un recuerdo contradictorio: por un lado, una época maravillosa, cuando los pobres eran los sujetos de la historia, pero, por otra parte, esos años también quedaron ligados emocionalmente a un dolor, a la pérdida de una utopía y a la violencia inimaginable que le siguió tras el golpe. Durante la Unidad Popular, los sectores populares vivieron una época de gran protagonismo, cuando fueron escuchados por las autoridades de gobierno, cuando sus demandas por una vivienda y por tierras pasaron a ser ingredientes claves de la agenda política. Los pobres eran el sujeto crucial de esa experiencia. La izquierda marxista, tanto aquella que creía y reivindicaba una vía pacífica, de resolución de los problemas dentro de la institucionalidad que se estaba transformando; como aquellos partidarios de

la lucha armada, se convirtió en portavoz de esos sueños. Aunque la Unidad Popular comprometió a muchos otros actores sociales, fue ante todo una experiencia plebeya. Fue ese rostro popular, esa “revolución por abajo” de la que habla el historiador Peter Winn, los pobres desbordando la institucionalidad, el atrevimiento de esa izquierda de tomarse el Ejecutivo y nacionalizar al gran capital, a los bancos, la gran industria, las riquezas en manos extranjeras, lo que fue castigado ejemplarmente desde el primer momento del golpe militar. La guerra psicológica desplegada por la dictadura, que remarcó una y otra vez la maldad intrínseca del comunismo y el caos de la Unidad Popular, que instaló la desconfianza entre connacionales y disciplinó con terror cualquier actitud de disidencia activa y resistencia, transformó a la Unidad Popular en un trauma, aunque él tenga diferentes representaciones.

Los gobiernos de la Concertación intentaron hacer justicia al presidente Allende, haciéndole un funeral de Estado, pero la Unidad Popular quedó al margen de los acuerdos de la transición, especialmente cuando se optó por mantener el modelo neoliberal instalado por la dictadura; el intervencionismo económico y la socialización eran anatema para el Chile neoliberal. Fue, después, cuando habían transcurrido 30 años desde el golpe (2003),

¹ Entrevista concedida a Enrique Serra Padrós e Marcos Vinícius Ribeiro (Porto Alegre, abril 2013). Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, Académica de la Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales, Santiago, Chile. Doctora en Estudios Americanos y Magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile y especialista en historia política reciente de Chile.

que el presidente socialista (miembro de la alianza con la Democracia Cristiana) Ricardo Lagos hizo un ajuste con la historia y la Unidad Popular fue colocada en su justicia histórica, en el sentido de rechazar las acusaciones de totalitarismo que le endilgaron la dictadura y la derecha, se le reconocieron sus políticas a favor de los pobres, la explosión cultural que liberó, en fin,...pero era algo del pasado. Su apuesta estatista-revolucionaria era ajena a la historia actual. Chile miraba al presente globalizado y la Unidad Popular era una etapa superada.

Los estudiantes movilizados de hoy miran a la Unidad Popular, en tanto anhelo de justicia social, pero no en tanto modelo programático a imitar, para ellos también es pasado.

2 – Mucho más acentuadamente que en los otros países del cono sur, en Chile hay una derecha muy fuerte que hinca pié en la dictadura. El pinochetismo, como experiencia histórica, es reivindicado por determinados sectores de la sociedad chilena ¿Cuáles son las claves para comprender este fenómeno?

Es importante entender que el golpe en Chile ocurrió en un momento de aguda fractura social; un país dividido casi por la mitad si se consideran los resultados de la elección parlamentaria de marzo de 1973: la Unidad Popular obtuvo un 44% y la oposición (derecha y Democracia Cristiana) 55%. Esto implica que un porcentaje significativo de la población era susceptible de ser atraída por las nuevas autoridades. Aquellos que habían sido expropiados y quienes temían serlo, otros que anhelaban una tregua política y recuperar la normalidad de la vida, se abrieron al discurso del nuevo régimen. De ese 55%,

aproximadamente un 25% era de derecha, otro tanto demócratacristiano, otros independientes anticomunistas, es decir, posibles de ser resocializados en el nuevo orden. Esa disposición fue manipulada por el régimen, a través de esfuerzos sistemáticos por modificar el sistema de creencias y valores, la mirada acerca del pasado del país y las apuestas de libre mercado y de individualismo que se escogieron

A este apoyo potencial, se sumó la lucha interna dentro del régimen: tanto entre los militares como entre los civiles que colaboraban y que fueron parte del núcleo insurreccional que patrocinó el golpe militar. El general de Ejército, Augusto Pinochet, no había participado en la gestación del golpe, por lo que debió legitimarse dentro de su institución, como ante los otros generales de la Junta de gobierno, especialmente del jefe de la Fuerza Aérea de Chile, uno de los protagonistas del golpe, de clara tendencia restauradora. Por otra parte, dentro de los civiles un segmento derechista, joven, ajeno a los partidos, partidarios del capitalismo, llamados “gremialistas”, pues defendían la autonomía de los gremios frente al Estado y los partidos, de tendencia corporativa, buscaba desplazar a otros miembros del núcleo insurreccional, como la DC a quien consideraban responsable de lo ocurrido; también a la derecha tradicional, derrotada ideológicamente frente a la izquierda. Estos jóvenes se aliaron a los tecnócratas neoliberales, que habían estudiado en la Universidad de Chicago y deseaban destruir el estatismo, ofreciendo al régimen un proyecto neoliberal-autoritario, que desestatalizaría las demandas, destruiría para siempre la influencia de la izquierda marxista, atomizaría la sociedad y prometía crecimiento económico. Para materializar este proyecto

ENTREVISTAS

debían convencer a la Junta Militar de sus bondades, pero solo Pinochet estaba dispuesto a ensayar un experimento neoliberal, que conllevaría mucha pobreza, no tenía certeza de éxito y traería resistencia. Para convencer a Pinochet esta naciente derecha se “pinochetizó”, es decir, fusionó el proyecto en la persona de Pinochet como encarnación de éste. Juntos, utilizaron los aparatos del Ejecutivo, desde donde diseminaron al “voluntariado”, dirigido a socializar a mujeres y jóvenes pobres en el neoliberalismo y el anticomunismo. Esas/os jóvenes pinochetistas crearon el partido Unión Demócrata Independiente (UDI) decidido a hacerse un espacio en el sistema político y defender el proyecto dictatorial, que era su propio proyecto, impidiendo cualquier reforma sustantiva. Hoy, son el partido electoral más grande de Chile y representan el principal obstáculo a las reformas a la educación que plantean los estudiantes.

3 – De que manera ocurren los embates entre una política de memoria que rescata el pasado reciente en lo que fue la experiencia de la Unidad Popular y otra que apuntala la contribución de la dictadura en el plano de la seguridad, de los valores católicos-occidentales-securitistas.

En realidad, no estoy segura que la “batalla de la memoria” –como escribió la historiadora María Angélica Illanes- en Chile esté entablada en esos términos. Hay una “batalla de la memoria” por rescatar la experiencia de la Unidad Popular, pero es más bien “defensiva”, un intento de desacreditar el imaginario levantado por los civiles y militares que estuvieron detrás de la dictadura: las acusaciones de la existencia de

una guerrilla, de la preparación de un autogolpe, de la violación a las libertades públicas, el supuesto intento de infiltrar a las fuerzas armadas, en fin. Quienes defienden la experiencia popular, “batallan” por destruir esas falsas imágenes, y más bien en los últimos años se ha asumido un enfoque más positivo y optimista. La “otra memoria”, la de la dictadura, y quienes colaboraron y apoyan, más bien reivindica la “obra modernizadora del régimen”, es decir, la transformación neoliberal, no quieren hacerse cargo de los aspectos represivos, o, en su defecto, culpan a la izquierda de lo ocurrido. Esa memoria siempre acude al Chile “pionero” en la economía de mercado, Chile como excepción.

4 – Como evalúa el comportamiento electoral de la sociedad chilena en los años pós-dictadura?

El comportamiento electoral de la sociedad chilena en los años noventa refleja los cambios político-culturales ocurridos durante la dictadura. La decisión de un amplio espectro político-partidario (la Concertación de Partidos por el NO) de participar en el Plebiscito sucesorio de 1988, en el cual había que decidir si Pinochet seguiría gobernando hasta 1997 o no, significó renunciar a la posibilidad de obligarlo a dimitir y establecer un gobierno provisional. La participación en el plebiscito representó la aceptación de la institucionalidad dictatorial, en la esperanza de una vez instalado en el poder, modificarla. Esto implicó el aislamiento de quienes rechazaban la Constitución del régimen y deseaban una derrota explícita de Pinochet, es decir, la izquierda marxista, la que fue marginada de las cúpulas de poder. En ese sentido, el espectro electoral dentro del cual la ciudadanía pudo elegir contemplaba, en su

gran mayoría, partidos que “aceptaban”, aunque fuera a regañadientes, las normas políticas y el proyecto heredados de la dictadura; los otros (los comunistas, especialmente) quedaron fuera de pactos. Considerando que un 54% de la población votó por el NO en el plebiscito de 1988, la Concertación (Partido Socialista, Democracia Cristiana, Partido por la Democracia, Partido Radical y otros más pequeños) ganó la elección presidencial de 1989 y obtuvo un importante éxito en las parlamentarias de ese mismo año, pero no un triunfo aplastante. Ello se debió al sistema electoral diseñado por la dictadura, en el cual es necesario doblar la votación de la coalición contraria para que resulten elegidos los dos candidatos de cada circunscripción/distrito; en caso contrario, son elegidos un candidato de cada alianza. Eso significa que una votación superior no asegura un escaño. Un ejemplo claro de este sistema diseñado para asegurar la representación parlamentaria de la minoría derechista ocurrió en 1989, cuando el candidato concertacionista Ricardo Lagos, socialista, obtuvo sobre un 30% de la votación por Santiago Poniente y fue derrotado por el UDI, Jaime Guzmán, quien obtuvo un 18% de los votos ¿por qué? Para que Lagos hubiera sido elegido era necesario que junto a su compañero de lista, el DC Andrés Zaldívar, hubieran doblado en votación a la alianza derechista en esa circunscripción, al no hacerlo fueron elegidos uno de cada coalición. Esta situación se ha repetido hasta la actualidad, lo cual le ha permitido a la derecha tener un 50% del Parlamento, obstaculizando cualquier reforma.

No obstante lo anterior, también es cierto que la Concertación fue perdiendo apoyo electoral al correr de los años noventa (aunque nunca bajó del 50%), a manos de

propuestas de izquierda marxista, independientes ecologistas, de derecha y, sobre todo, una creciente desafección hacia los partidos. La abstención llegó a un millón de personas en 1997. Quienes no se inscribían en los registros electorales o quienes no votaban eran especialmente jóvenes y personas de sensibilidad de centro-izquierda. Asimismo, los partidos de la Concertación se concentraron en un estilo político cupular, distante de la sociedad, dejando de representar los anhelos sociales, los que fueron entregados al poder del consumo. Chile, un país de consumidores más que de ciudadanos. Contrariamente, la UDI desplegó una gran actividad político-social, especialmente entre los sectores populares, que le permitió exceder su base social y atraerse también a sectores medios desencantados con la Concertación. La profundización del neoliberalismo y la ausencia de un proyecto alternativo de parte de la Concertación permitieron el auge de la derecha y el casi triunfo del candidato derechista en 1999. Desde entonces y hasta el 2005 la Concertación debió ir a segunda vuelta en las presidenciales y compartir el congreso con la derecha.

5 - ¿Qué papel juega la justicia chilena en el restablecimiento de cimientos democráticos en el país, a partir de la recepción de denuncias contra las violaciones de derechos humanos y el enjuiciamiento de represores?

La justicia chilena ha sido un factor complicado en la transición. En las postrimerías de la dictadura, Pinochet cambió un porcentaje importante de los jueces de la Corte Suprema, todos fervientemente adictos

ENTREVISTAS

al régimen, de modo que la justicia actuara como otro freno en el período post dictatorial que vendría. Ello complicó las aspiraciones programáticas de la Concertación de investigar los crímenes cometidos y hacer justicia a las víctimas. Más aún, el tipo de transición pactada que ocurrió en Chile, finalmente postergó los anuncios de justicia y se optó por Verdad y Reconciliación, es decir, establecer la violación de derechos humanos como un hecho incontrovertible, lo cual debería ser la base de la reconciliación nacional. Los familiares de las víctimas, sin embargo, siguieron presionando por Verdad y Justicia, lo que se veía entorpecido por la Ley de Amnistía que proclamó la dictadura en 1978 y que impedía a los jueces investigar, pues esa ley amnistió a los perpetradores de violación a los derechos humanos.

El primer presidente de la post dictadura, Patricio Aylwin, no derogó la ley de amnistía, pero la reinterpreto, señalando que la amnistía solo se podía aplicar una vez que se hubiese investigado, aunque no se pudieran establecer penas. Este enfoque de la amnistía permitió que algunos jueces comenzaran a acoger las demandas interpuestas por los familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, de modo que los militares involucrados en esos hechos comenzaron a ser citados por los tribunales. Fue un primer paso en la aclaración judicial de los delitos, lo que generó dos motines militares.

Los gobiernos de la Concertación, no obstante, buscaron durante gran parte de la década del noventa imponer el liderazgo civil sobre las fuerzas armadas, a pesar de que legalmente estaban impedidos. Parte de esa estrategia fue avanzar en el juicio contra el ex Director de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, el principal organismo

repressor de la dictadura en los años setenta, el general de ejército, Manuel Contreras. Este fue condenado en 1995 por el asesinato del Ministro de Defensa de Salvador Allende, Orlando Letelier, y su secretaria, R. Moffit, en Washington en 1976, que fue el único caso que quedó expresamente fuera de la Ley de Amnistía, por presión de Estados Unidos. Tal condena permitió debilitar la resistencia militar frente a las investigaciones judiciales, las que se ampliaron desde esa fecha. Este proceso se acentuó con la reforma penal hecha bajo la presidencia de Eduardo Frei Ruiz Tagle, que modificó la composición del Poder Judicial y las formas penales. El apresamiento de Pinochet aceleró este proceso, de modo que muchos más jueces estuvieron dispuestos a acoger las demandas de los familiares. Finalmente, la justicia abordó el problema y ha habido numerosas condenas a militares, aunque insuficientes para los casos ocurridos.

6 – Un análisis comparativo entre las políticas económicas de los proyectos dictatoriales de la región coloca a Chile como el laboratorio de la experiencia neoliberal con resultados importantes que, en alguna medida, beneficiaron a sectores importantes de la sociedad, generando una especie de camino chileno a la modernidad (en los años 90 esta afirmación era muy fuerte en los países de la región). Esto es sólo discurso de los sectores derechistas o hay un fondo de verdad por detrás de maquillajes mediáticos?

La dictadura pinochetista logró, a diferencia de las otras dictaduras de la región, articular un proyecto global que, no solo contemplaba un cambio económico radical, sino también lo social, lo político y lo cultural. Al igual que en las otras experiencias

dictatoriales, las fuerzas armadas se apoyaron en tecnócratas neoliberales, que en el caso de Chile estudiaron en la Universidad de Chicago, quienes iniciaron una embestida contra el carácter estatista de la economía, introduciendo la lógica del mercado a partir de 1975. Su influencia logró modificar completamente el modelo de crecimiento, abandonando las políticas industrializadoras y reforzando el carácter primario exportador de Chile, ahora no solo de productos mineros sino también agrícolas. Chile se abrió, completamente, al mercado externo. No conformes con ello, los neoliberales aspiraron a una utopía, cual era la “sociedad autorregulada por el mercado” –como afirma Pilar Vergara-, lo cual significaba introducir éste en las áreas sociales, como previsión, salud, educación, privatizándolas. A partir de ese momento, una gran mayoría de la población debería cancelar por esos servicios, considerados una cuestión privada y no un derecho. El Estado se haría cargo solo del segmento de la población que fue definida como “extremadamente pobre”, es decir sin capacidad de proveerse esos bienes.

Para el fin de la dictadura en 1989, existió consenso que un 40% de la población, usando cualquier índice, estaba bajo el límite de la pobreza. La clase media, vinculada a la expansión del Estado, se había empobrecido sustantivamente y había perdido cualquier valoración social (empleados públicos, profesores, profesionales medios, entre otros), a la par que había emergido una pequeña clase media profesional, vinculada a los servicios. La antigua elite tradicional se refundió con la nueva alta burguesía, integrándose al mercado externo, en vías de globalización. Entre 1973 y 1985, el desempleo nunca bajó del 10%, ni siquiera durante el boom de 1979-1981, habiendo momentos en que llegó al 30%

como en 1983. Los industriales surgidos al amparo del Estado en el siglo XX quebraron, emergiendo un nuevo empresariado, vinculado a la agricultura de exportación y transnacionalizado. Durante la dictadura, se produjo una gran concentración económica y una desaparición de la capacidad de negociación de los trabajadores, completamente indefensos.

Por lo tanto, solo la vida de la alta burguesía fue beneficiada por el modelo. Fue la Concertación la que mejoró los índices sociales, siendo su prioridad enfrentar los altos niveles de pobreza, pero manteniendo la estrategia de crecimiento de la dictadura: los equilibrios macroeconómicos, la apertura externa y el modelo primario exportador. La pobreza bajó a 23% en 1996. La diferencia estuvo en la ampliación del gasto social a través de subsidios, apoyo a los “emprendedores”, pequeñas empresas y, sobre todo, la focalización de las políticas sociales en mujeres, jóvenes e indígenas, denominados “sectores vulnerables”. Eso es sinónimo de Estado Subsidiario (neoliberal)

7 – En relación al panorama general de producción historiográfica sobre el pasado reciente chileno: ¿cómo lo evalúa? ¿Considera que se han producido novedades substanciales? ¿Qué desafíos persisten?

En Chile, la historiografía siempre ha estado muy vinculada a lo político, desde sus orígenes en el siglo XIX, cuando las escuelas liberales y nacionalista-conservadora levantaron una imagen de Chile, confundida con la propia elite, una gesta de grandeza, expansión territorial, crecimiento económico y estabilidad política. Por eso, los períodos

ENTREVISTAS

estudiados siempre remitían a la Colonia, la Independencia, la construcción del Estado. La Escuela marxista de mediados del siglo XX también se concentró en el siglo XIX, siendo su objeto de estudio la naciente clase obrera salitrera, pues la historia de Chile no era la de sus elites, sino la de los trabajadores. Después del golpe, la “Nueva Historia Social” retrotrajo el estudio a la “formación y crisis de la sociedad popular del siglo XIX” –según afirmó el historiador Gabriel Salazar-, debatiendo con la dictadura y sus historiadores, quienes aseguraban que la crisis de 1973 era el resultado de lo ocurrido en el período inmediatamente anterior al golpe, a partir de 1967, cuando se aplicó la reforma agraria. La “Nueva Historia Social” se propuso instalar que el origen de la crisis política chilena hundía sus raíces mucho antes. En otras palabras, la historiografía tradicional, la marxista y la “Nueva historia Social” de los ochenta y noventa se concentraban en el siglo XIX.

Fue desde la historia política que se comenzó a rescatar la “historia reciente”, fue bajo la mirada de la “Nueva Historia Política” que una nueva generación de historiadores jóvenes de los noventa y los 2000 comenzó a estudiar ese pasado-inconcluso. Mezclando tendencias historiográficas y métodos de las ciencias sociales, estos hacedores de historia política, social y cultural comenzaron a estudiar la historia de la izquierda, la derecha, la dictadura, a las víctimas de violaciones a los derechos humanos, el mundo indígena, reconstruyendo la historia y rescatando historias y subjetividades.

El actor más estudiado ha sido la izquierda chilena, especialmente aquella que reivindicaba la lucha armada y que fue derrotada; bastante menos la derecha y en los últimos años, los mapuche. En general, ha

habido una preferencia por la perspectiva testimonial, más que de reconstrucción histórica, propiamente tal. A mi entender, el trabajo de lo testimonial ha sido muy importante, devolviéndole la voz a aquellos silenciados por décadas o siglos, en el caso indígena. El problema es que las subjetividades son todas igualmente válidas, independiente de las cuestiones más fácticas. En Chile, creo, eso representa un problema, porque aún no existe un consenso mínimo en torno al pasado reciente. Aún hay segmentos importantes, al menos un 30% de la población, que sigue creyendo que los comunistas “algo habrán hecho” para que les ocurriera lo que les ocurrió, que el contexto previo al golpe “explica” la violación derechos humanos, que Pinochet fue un gran gobernante que modernizó a Chile, en fin. Mientras ese consenso mínimo en torno al pasado reciente no se alcance, creo que todos los esfuerzos historiográficos respecto de la historia reciente serán bienvenidos.

8 – Que hay de continuidad y de ruptura en el proyecto de Piñera en relación al pinochetismo?

Piñera es un neoliberal convencido, más aún, hizo su fortuna, no en el sector productivo, sino en la especulación. De acuerdo a ello, su apuesta fue profundizar la neoliberalización del país, debilitar el Estado y acentuar el individualismo, de ahí su reiterado discurso acerca de los “emprendedores”, los nuevos exponentes de la iniciativa individual. Considerando el alto apoyo con que la presidenta Michelle Bachelet terminó su gobierno (80%), Piñera asumió el discurso de ella de la “protección social”, pero en realidad ello se ha traducido en más subsidios, no más derechos, al

extremo que frente a la demanda estudiantil por una mejor calidad de educación y su gratuidad, él respondió que la educación era “un bien de consumo”. Ese es su pensamiento real. En ese sentido, él representa una continuidad con el modelo dictatorial.

Por otra parte, él ha intentado dar vida a una derecha “liberal”, supuestamente antimilitarista, liberal en materia sexual, respetuosa de los derechos, en fin, distante de la derecha más pinochetista, la Unión Demócrata Independiente (UDI), neoliberal y conservadora. No obstante, para ganar la elección presidencial entró en conversaciones con los militares en retiro, que demandan el fin de los juicios a sus compañeros, la liberación de los oficiales presos por la violación de derechos humanos, quienes aseguran que Piñera les hizo promesas. Esta actitud buscaba atraerse los votos de la derecha más dura. En todo caso, no pudo cumplir esas supuestas promesas. Igualmente, para atraerse el voto liberal incluyó en su campaña los derechos a los homosexuales, tema que no encontró acuerdo en su coalición y que se ha quedado solo en una propuesta. El problema de fondo, es que en materia de liberalización Piñera está bloqueado por la UDI y por algunos sectores de su propio partido que rechazan esa agenda. La UDI nunca dará sus votos en el Congreso para aprobar iniciativas más liberales, como la píldora del día después. Desde ese punto de vista, Piñera no logró construir una derecha liberal y el pinochetismo sigue dominando.

9 – ¿Se puede hablar hoy de una democracia plena en Chile? ¿Es una realidad consolidada?

Después de lo dicho en las anteriores preguntas, es claro que Chile no es una

democracia plena. En materia electoral si bien logró democratizarse la elección de los alcaldes (antes eran designados), se introdujo un Concejo Municipal electo, aún las parlamentarias se rigen por el sistema binominal, es decir, la competencia entre dos coaliciones, dejando fuera a las minorías. Para que los dos candidatos de una misma alianza puedan ganar en sus respectivas circunscripciones (para las senatoriales) o distritos (en las diputaciones) deben doblar en votación a su adversario, lo cual es muy difícil, si se toma en cuenta que tras 17 años de dictadura, la derecha dejó sus reductos instalados. En concreto, generalmente, la Concertación obtenía un 50% de los votos, o un poco más, pero pocas veces lograba doblar a la Alianza, es decir, obtener un 60% de la votación si el/a contrincante sacaba un 30%. Esto significa que en materia parlamentaria las dos coaliciones tienen casi la misma representación en el Congreso, aunque sus votaciones sean 50% vs 35%. Eso es lo que ha impedido desarmar el proyecto dictatorial, porque se necesitan quórum de 65% para las leyes orgánicas constitucionales. Con esa composición, resultado del binominal, es casi imposible.

Se ha mejorado en otros aspectos: por ejemplo, la reforma constitucional de 2005 eliminó los senadores designados y los vitalicios, se redefinió al Consejo de Seguridad Nacional, quitándole sus facultades golpistas. Sin embargo, se mantienen las atribuciones del Tribunal Constitucional, que puede declarar ilegal leyes aprobadas por el Congreso que sean rechazadas por congresales y apelen al tribunal.

Sin duda, lo que más bloquea la democracia es la gran desigualdad socio-económica que impone el neoliberalismo y la ausencia de derechos. La mantención del

ENTREVISTAS

concepto de Estado Subsidiario es lo que el actual movimiento estudiantil está cuestionando y exigiendo discutir

nacionalmente. Eso es lo que el pinochetismo impedirá con todas sus fuerzas.